

La extraordinaria historia de
Romeo y Julieta

NACHO BRAVO



EDITORIAL PEZSAPO

COLECCIÓN RÍO



hola@pezsapo.com

www.pezsapo.com

En Facebook: www.facebook.com/pezsapoeditores

En Twitter: [@pezsapoeditores](https://twitter.com/pezsapoeditores)

Editora: Inmaculada Puche Romero.

Coordinación: Julia Viejo Sánchez.

Ilustración de la cubierta: Victoria Borrás.

Fotografía del autor: Laura Zorrilla.

Composición y maquetación: peZsapo.

© 2016, Nacho Bravo Ramírez.

© 2016, de la presente edición: peZsapo.

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

Primera edición: noviembre, 2016

ISBN: 978-84-944672-9-5

D. L.: J 464-2016

Impreso en España

*A mi madre,
por permitirme soñar.*

Prólogo

La noche es perfecta. Corre una ligera brisa y el agua del estanque está tibia.

Él llega, observa las numerosas luciérnagas que revolotean sobre los nenúfares y la siente. Está cerca.

De vez en cuando un sonido lejano rasga la quietud.

Se sienta sobre la basa en ruinas de una columna y espera. Su cabeza rasurada se recorta contra la inmensa luna mientras examina el agua oscura.

Unas pequeñas burbujas anuncian su llegada. Se hace el silencio y ella emerge del agua.

–¿Me has llamado? –pregunta él.

Ella abre los ojos. Saca un brazo del agua y levanta un nenúfar con la palma de la mano.

–Quiero que los amantes vuelvan a nacer –dice mientras observa la planta.

–¿No te rindes?

Ella alza la cabeza y lo mira a los ojos directamente. Sonríe.

–Esta vez va a ser diferente.

–Llevas siglos intentando cambiar su tragedia. Es ab-

surdo, está escrita, es invariable –apunta él sintiendo el cosquilleo que precede al inicio del juego.

Ella sale del estanque, desnuda, majestuosa. El agua goteando de su abundante melena roja y resbalando por su exuberante cuerpo. Camina hacia él y se inclina.

–Todo cambia, todo evoluciona –susurra en su oído.

Él se excita por la cercanía de su cabello mojado, pero enseguida se concentra.

–Podría decirse que *yo* –subraya la palabra con un gesto grandilocuente–, he escrito esa tragedia. No puede variar.

–Todo puede cambiar. –Ella acaricia con la mano su cráneo lampiño.

–Yo soy invariable, ineludible, inevitable –dice sin dejar de observar su hermoso cuerpo–. Y tú eres caótica e imprevisible. Así somos y así seremos siempre. Nuestros caminos están escritos. Igual que el de los amantes. Su periplo está trazado.

–Yo lo cambiaré –reta y sus ojos llamean.

–Muy bien –concede él tras unos instantes de reflexión–. Ya que quieres jugar, adelante.

–Mi deseo inicial es que nazcan en ciudades diferentes.

–Un momento –ataja él–. La última vez elegiste tú primero. Recuérdalo.

Ella parece rebuscar en su memoria.

–Sí, lo recuerdo. Estuve a punto de ganarte –suelta cortante.

–Pero no lo hiciste... y a pesar de que muchas veces has estado muy cerca –concede él enarcando las cejas–, no lo has hecho nunca.

Ella abre la boca para contestar pero él se adelanta.

–Mi deseo: quiero que nazcan en la misma ciudad.

Ella lo mira furiosa y él le devuelve una sonrisa inocente. Ella inspira y espira, inspira y espira. Después se queda pensativa un rato.

–Yo deseo que se llamen igual que los primeros amantes.

Él asiente y la mira divertido.

–De acuerdo. No vas a vencer, aunque utilices todas las coincidencias que quieras. Si son *ellos* –dice enfatizando–, se conocerán, se amarán y morirán trágicamente.

–Son *ellos* –lo imita–, y no estés tan seguro de la victoria porque sólo puedes emplear tus artimañas una vez.

–Con una vez que les ocurra cada situación será suficiente para sellar su sino. Todo está escrito, querida.

–Lo veremos.

Él abre los brazos en un gesto de condescendencia. Ella apunta con su índice el torso de él y roza su pecho.

–Diez movimientos.

–Diez movimientos –asiente él saboreando aún el roce de su dedo.

Ella se da la vuelta y se dirige al estanque. Él eleva la voz.

–El chico y la chica volverán a nacer. Después... –Se levanta de un salto detrás de ella–. El Destino hará su trabajo.

Ella se gira, salpicando con finas gotas el cuerpo desnudo de él.

–O la Casualidad –responde desafiante, con una sonrisa en los labios.

UNO

*Di lo que te ocurre,
vamos, di lo que te aburre.
¿Es Magnesia quién te ha dicho
que nos van a separar?*

*Tú no te preocupes,
yo seré quien te acurruque,
quien te compre las estrellas,
quien te bese bajo el mar.*

Magnesia, La Buena Vida

1

Ana está calentando la leche. Café solo para su marido. Cola Cao para sus hijos. Tostadas para todos.

–¡Salvador! –grita–. ¡Despierta a los niños!

Recoge los lápices y el estuche que hay en la mesa de la cocina y los mete en la mochila de su hija. ¡Qué desordenada es! Después sonrío, no lo puede evitar, es su niña. Comienza a repartir vasos y platos.

Salvador entra en la cocina colocándose su chaqueta de pana. Se sienta y coge su café.

–Azúcar –informa levantando el vaso.

–¿No la he puesto?

–No.

Ella abre un armario. Coge el azucarero y lo acerca a la mesa.

–Gracias –sonríe Salvador–. Hoy comeré en el trabajo. Tenemos una reunión muy importante y saldré tarde. Ya te dije que se estaba hablando de posibles ascensos.

–Hoy habíamos quedado con mis padres.

Salvador chasca la lengua.

–Bueno, pues recogedme en el restaurante de enfrente, el de los menús.

Ana asiente, aparta las tostadas del fuego y las coloca en un plato. Descubre a su hija en la puerta.

–¿Y mi niña bonita?

–Tengo sueño. –La niña hace un mohín de tristeza. El labio inferior superpuesto al superior. Los brazos cruzados, la cabeza gacha.

–Yo también –dice imitando el gesto de su hija.

La niña se acerca, presiona con el dedo el labio inferior y la boca de Ana vuelve a la normalidad. Se ríen.

–Y ahora a desayunar. Voy a por tu hermano.

Se dirige a la habitación y descubre que su hijo se ha vuelto a dormir con la luz encendida. Se queda un segundo mirándolo, dudando si despertarlo o no. Es tan pequeño. Finalmente lo despierta y, prácticamente dormido, lo viste. Después, en el baño, le lava la cara y lo peina.

De vuelta a la cocina se encuentra a Salvador regañando a la niña.

–¿Qué te digo siempre sobre cuestionar las cosas?

–¿Qué es cuestionar, papá?

–Lo que tú deberías hacer con las historias que te cuentan. ¿Qué te he dicho?

La niña tarda en responder.

–Que... que no me crea todo.

–¿Y?

La niña duda.

–Que pregunte cuando no entienda algo.

–Muy bien.

–Deja a la niña, Salvador. Sólo tiene siete años. –Ana sienta al pequeño a la mesa y unta de margarina su tostada.

–Deben cuestionarse las cosas para que no los manipulen.

–¿Qué es manipulen?

–Así nos ha ido en este país toda la vida, sin cuestionar nada, obedeciendo como borregos. Menos mal que ahora las cosas están cambiando.

Ana mira el reloj. Se levanta y deja su taza en el fregadero.

–¿Qué ha pasado esta vez?

–Su prima –responde el padre–, que le ha contado no sé qué de que cuando encuentre a su príncipe azul se van a morir los dos.

Ella pone los ojos en blanco y suspira. El padre se levanta de la mesa.

–Ya te dije que ese nombre iba a dar mucho juego –añade él–. Yo habría preferido...

–¡Pues bien bonito que es! –corta.

Salvador levanta las manos en son de paz, le da un beso y se marcha.

–Y muy romántico –murmura ella mientras se dirige a la puerta–. Julieta, recoge tu mochila que nos vamos.

–¿Qué es romántico?

2

Margarita está sentada en una silla de la cocina. Es temprano, el sol aún no ha salido. Bebe su café a sorbos, con calma.

Juanita, la asistenta, está cortando el pan y calentando la leche.

–Deja, ya lo termino yo –le dice Margarita–. Ve a despertar a los niños.

Margarita aprovecha ese momento y apura la taza, saboreando el café al igual que saborea los últimos instantes de tranquilidad. Cuando se levanta de la silla, la casa se llena de ruidos.

Coloca los platos y los vasos en la mesa. Después los cubiertos y por último las servilletas.

Su hija mayor llega con cara de sueño. Quince años, niña bonita, niña muy bonita.

–¿Desde cuándo la falda del uniforme te queda por encima de las rodillas?

–Mamá, es la moda –contesta Raquel.

–Ni modas ni tonterías. ¡Bájatela!

Margarita saca la mantequilla de la nevera y el Nesquik de la despensa. En el piso de arriba se escuchan gritos. Los dos chicos se están peleando.

Juanita baja las escaleras con el más pequeño de la mano. Está llorando.

–¿Qué ha pasado, cariño? –le pregunta a su hijo.

–El hermano –dice entre hipidos–, que me ha echado agua encima.

–¿Y por eso lloras? Habrá sido sin querer, al lavaros la cara.

–No, que ha llenado el vaso y me lo ha tirado –insiste el benjamín.

–Está llorando de mentira –señala la hija.

–Raquel, por favor.

Raquel cierra la boca y baja la mirada. En cuanto su madre se despista coge un vaso de agua y, con disimulo, se lo enseña a su hermano menor. El pequeño vuelve a llorar con más ímpetu señalándola.

–¡Raquel!

–Si yo no he hecho nada.

–¡Tengamos la fiesta en paz! –grita la madre–. Parece que tú también tengas siete años.

–Es que tiene siete años... mentales –interviene Ricardo, el mayor, el de dieciséis, que acaba de entrar en la cocina.

Ricardo se ríe y el pequeño lo imita con tal de fastidiar a su hermana. Ella, a su vez, saca el vaso de agua de debajo de la mesa mirando al pequeño y Juanita reparte las tostadas.

–Tú sí que tienes siete años –afirma la madre agarrando a Ricardo del hombro–. ¿Quieres dejar de fastidiar a tu hermano? ¿Por qué le has echado agua?

–¿A Alfa? Ha sido una broma.

–No ha sido una broma –arremete el pequeño, molesto por el mote.

–Tú calla –ordena la madre.

–Sí, mamá.

–Le has hecho llorar –insiste.

–¡Qué novedad! –dice Ricardo.

–Toyota siempre está llorando –añade Raquel.

–Eso es mentira –dice el pequeño.

Y se desata la tormenta. ¿Mentira?, pregunta uno. Siempre, afirma otra. No es verdad, se defiende el tercero. ¿Pongo más tostadas? preguntan.

La madre suspira y pone los ojos en blanco. Va a estallar pero en ese momento todos se callan. El padre ha entrado en la cocina.

–Juanita, haga el favor de llevarme el desayuno al salón.

–Sí, señor.

–Manolo. –La madre señala al pequeño–. Ricardo ha vuelto a molestarlo.

–Cosas de críos, Marga –responde el padre saliendo de la cocina.

–¡Manolo!

–Ricardo, castigado –dice el padre sin ni siquiera girarse y desaparece.

En ese momento se abre la veda. Raquel se ríe del castigo de Ricardo. Ricardo le tira trozos de tostada. Margarita les riñe. Raquel devuelve los proyectiles. Juanita recoge pan del suelo. Y al pequeño se le resbala el vaso de Nesquik.

El ruido de cristales rotos provoca un instante de silencio al que le siguen las risas de los mayores y la pregunta resignada de Juanita:

–¿Otra vez, Romeo? Es el segundo vaso que tiras esta semana.

Y Romeo vuelve a llorar.

3

Un coche de lujo dobla la esquina a toda velocidad, continúa acercándose veloz y de un frenazo se detiene. Casualidad inclina la cabeza y observa los pocos centímetros que separan el guardabarros de su pierna. Se gira con estudiada calma para que él no note nada, mientras reprime el fuerte deseo de destrozarle el maldito coche.

Destino, impecable en su traje de mil rayas, sale del asiento del conductor, con una sonrisa de triunfo en el rostro. Sonrisa que se congela al contemplarla. Va vestida igual que él. Mismo traje a rayas, misma camisa blanca, misma corbata e incluso mismos zapatos. Recompone